

Música del más allá y otros relatos

Wara Monrroy Peñaloza, Yovana Céspedes,
Carola Escobar

loqueleg

Música del más allá

WARA MONRROY PEÑALOZA

Mi tío Víctor era una persona solitaria. Vivía en el campo, en la casa heredada por sus padres en la que se crio junto a sus seis hermanos. Era el menor de todos y nunca se casó ni tuvo hijos. Cuando era joven, tuvo la posibilidad de establecerse en la ciudad con la ayuda de sus hermanos mayores; pero en su lugar, decidió quedarse con sus padres en el pueblo para cuidar de ellos y de las propiedades que tenían allá.

La llegada de mi tío Víctor había sido una sorpresa para mis abuelos, pues ambos eran ya bastante mayores cuando nació. Como era costumbre en las familias del campo por aquel entonces, mi abuela tuvo numerosos hijos; por lo que me contó mi padre, él tuvo diez hermanos, de los cuales, al final, solo seis sobrevivieron, y, cinco de ellos, menos mi tío Víctor, emigraron a

la ciudad a la primera oportunidad en busca de un mejor futuro.

8 Al principio, mis padres y mis tíos iban con frecuencia al pueblo, con sus recién formadas familias, para pasar las vacaciones en la casa de mis abuelos; pero, a medida que fueron creciendo los hijos y las responsabilidades en La Paz, las visitas se fueron reduciendo cada año más y más.

El primero en morir fue mi abuelo. Un día se cayó yendo a la chacra y lo tuvieron que llevar a un hospital de La Paz. Ahí murió y jamás regresó a enterrarse en el pueblo, pues mis tíos acordaron hacerlo en la ciudad. Claro que hubo oposición por parte de mi tío Víctor y mi abuela; pero a ella la convencieron de que era buena idea tenerlo ahí para que pudieran visitarlo seguido. Poco después, compraron un lotecito en el Cementerio Jardín para reforzar la idea: movieron a mi abuelo ahí y prometieron a mi abuela que los enterrarían juntos. No querían que volviera, pero mi tío Víctor les aseguró que la cuidaría bien y, además, argumentó que ya

estaba acostumbrada a la vida en el campo, por lo que no insistieron en el tema.

Fue así que, durante algunos años más, mi abuela y el tío Víctor vivieron los dos solos en la casa. El tío abrió una tienda de barrio, y mi abuelita le ayudaba vendiendo en los ratos en que la dejaba libre el trabajo de cuidar la casa y los animales. No había mucho dinero circulante en el pueblo, pero las cosas no parecían ir mal, pues entre mis tíos y mi padre, les mandaban encomienda cada mes desde la ciudad. Poco después, me enteré de que en el negocio habían instalado un teléfono y que, al ser el único de los alrededores en ese entonces, ayudó bastante a la pequeña economía del hogar, por los encargos de llamadas de vecinos y comunarios.

9

En esa época, yo alcancé mi adolescencia y lo que menos quería era ir de visita al pueblo. Las únicas novedades que recibía de ellos eran las noticias que mis padres traían de vuelta cuando regresaban de visitar a mi abuela.

No mucho tiempo después, mi abuela enfermó. Un día, llamaron a mi padre y, al siguiente,

mis tíos organizaron una reunión de emergencia. En ella concluyeron que era urgente traerla de inmediato a la ciudad e internarla lo más pronto posible. Mi padre fue a recogerla y, con ayuda del padrecito del pueblo, consiguieron prestarse una ambulancia de la localidad. Re-
10 cuerdo cómo mis padres organizaron un cuarto en la casa para recibir a mi abuela en cuanto saliera del hospital. Pero ella nunca lo utilizó, murió luego de estar internada unos pocos días.

Finalmente, los hermanos empezaron a abandonar este mundo dejando solo a mi tío Víctor. Mi papá, Renato, era el mayor de todos y quien se convirtió en cabeza de familia cuando mi abuelo murió. Fue por él que todas las vacaciones, de verano e invierno de mi niñez, las pasé corriendo en la plazuela del pueblo, jugando con mis primos más pequeños y los otros niños vecinos. Mi padre adoraba su pueblo y solía llevarse muy bien con mi tío Víctor. Entre los recuerdos más vivos en mi memoria están las noches de cacho y cartas en casa, con mi abuelo sentado a la cabecera de la mesa del comedor rodeado de todos sus hijos

e hijas, con la infaltable jarra de pisco a un lado para alegrar aún más la noche, mientras a los niños nos dejaban jugando en el patio o la sala.

De todos los hermanos, solo quedaba mi tía Noelia. A ella fue a quien llamaron primero para avisar que mi tío Víctor había fallecido. Y ella, luego, me avisó de los detalles. Claro, era la única opción en el momento, al ser el primo mayor y varón. Ella no podía ir, me dijo, porque su hija Leticia había sido internada por complicaciones en el parto y no podía dejarla sola. Entre lágrimas me pidió que fuera a velar por su hermano y mi tío. ¿Cómo negarme? Muy aparte de la responsabilidad que recaía en mí por ser el mayor de todos, cuando ella me dijo que mi tío Víctor había muerto, se me vinieron encima las memorias de los días de felicidad de mis primeros años en el campo que siempre lo habían tenido a él de protagonista.

Era él, el que nos recibía apenas bajábamos del bus en la plaza. Él, quien nos llevaba de paseo en largas excursiones para explorar el calvario, la antigua casa de hacienda de la familia o

las ruinas de más allá del pueblo. Él, quien una vez me pilló entrando a su tienda a hurtadillas para ver si podía regalarme un dulce a espaldas de mis padres y quien, sonriendo, me dio una cajita entera de yupi, mientras me recomendaba que la escondiera bien para no hacerme reñir.

12 Los ojos se me llenaron de lágrimas. Tomé una decisión en ese momento: iría al pueblo, tenía que ir y despedir a mi tío Víctor. Si bien él había decidido vivir su vida en soledad, no podía dejar que se fuera también solo de este mundo. Le pedí a mi tía que me alistara las llaves de repuesto de la casa del pueblo, que pasaría a recogerlas al día siguiente y colgué la llamada para avisar a mi esposa de la mala noticia. Ella no lo conocía mucho más que de escasas reuniones familiares, pero de inmediato estuvo de acuerdo en que fuera y me hiciera cargo de los arreglos para su entierro.

Al día siguiente, temprano, llegué a la casa de mi tía Noelia para recoger las llaves y me sorprendí al verla salir a recibirme. Estaba bastante demacrada. Al dárme las, lloró un poco y tuve que contenerme para no acompañarla y